

PEDRO MANINI RÍOS

GARIBALDI

CONFERENCIA PÚBLICA
DADA EN EL CLUB COLORADO RIVERA,
EL 17 DE AGOSTO DE 1900

Precio: 20 centésimos

DESTINADO EXCLUSIVAMENTE AL FONDO DE PROPAGANDA
DEL MISMO CLUB

MONTEVIDEO
IMPRESA DE DORNALECHE Y REYES
Calle del 18 de Julio, núm. 77
1900

GARIBALDI



GENERAL JOSÉ GARIBALDI

PEDRO MANINI RÍOS

GARIBALDI

CONFERENCIA PÚBLICA
DADA EN EL CLUB COLORADO RIVERA,
EL 17 DE AGOSTO DE 1900

Precio: 20 centésimos

DESTINADO EXCLUSIVAMENTE AL FONDO DE PROPAGANDA
DEL MISMO CLUB

MONTEVIDEO
IMPRENTA DE DORNALECHE Y REYES
Calle del 18 de Julio, núm. 77
1900

GARIBALDI ANTE LA HISTORIA

Señores:

En la historia contemporánea, en este período de la marcha del género humano en que con más rapidez se han consumado los sucesos, en que con más energía se han derribado instituciones y erigido nuevos sistemas y borrado fronteras y trastornado el orden político y social de los destinos universales, rara es la personalidad que tan pronto se haya impuesto á la augusta consagración de las generaciones, como el general José Garibaldi. La mayor parte de las grandes figuras del siglo están aún por recibir el fallo de la posteridad. Con toda la grandeza de su acción, con todos los esplendores de su prestigio, son todavía bastante pequeñas, bastante humanas, para tener que esperar á que la intervención serena del tiempo prime sobre los apasionamientos de secta y las intransigencias de bandería. Para Garibaldi, la gloria no esperó siquiera á que su pálida hermana, la muerte,

cerrara con sus dedos helados los párpados envejecidos del héroe. Para él no tuvo justicias póstumas, porque en vida ya quiso rodearle con sus lampos rutilantes, y le entregó así, casi santificado, al fanatismo de las multitudes y á la consideración de la crítica histórica. Libertador, protector de los oprimidos, padre del pueblo, héroe de ambos mundos, las asambleas populares de todas las latitudes y las apologías escritas en todas las lenguas, han agotado en su honor, con estos epítetos supremos, las voces más pomposas del vocabulario. — Jamás hombre alguno, en una época tan avanzada, en un siglo de discusión y de libre examen, en un período de ya tan arraigada conciencia individual, ha conseguido en vida estas lisonjas altisonantes del éxito. Diríase en las edades crédulas, que la fortuna caprichosa había batido sus áureas alas sobre las sienes rugosas del guerrero. Debe decirse, empero, en nuestros tiempos posibilistas, que esta apoteosis sorprendente, que más bien parece una reminiscencia legendaria, es el triunfo de las virtudes y la consagración del genio.

Es que la actuación de Garibaldi ha sido verdaderamente excepcional. En el viejo y el

nuevo continente, en la republicana Francia, como en la Italia monarquizada, en las luchas sangrientas de Río Grande, como en los muros homéricos de Montevideo defendiendo la causa santa del Partido Colorado y de la Patria, su espada apenas fué envainada. Siempre estuvo al servicio de la libertad donde quiera ella fuera conculcada, y jamás se detuvo ni ante las delimitaciones geográficas, ni ante las fronteras etnológicas: la libertad ni tiene patria, ni es privilegio de raza, y Garibaldi, que lo sabía por intuición y por principios, — aunque, italiano por el nacimiento y por el ardor generoso de la sangre, se debía á su cara nacionalidad, sometida al doble yugo de los austriacos y de la corte pontificia, — corrió á todas partes donde se luchaba por un ideal justo, y admiró á las gentes de ambos hemisferios con un asombroso derroche de heroísmos.

Ni en las edades pretéritas, ni en las épocas actuales ha existido libertador alguno que llenara tan amplio escenario. Ni Epaminondas, el de Tebas, el que antes que el Cid de la leyenda española ganara muerto una batalla, como la de Mantinea; ni Scipión, el que salvó á Roma, debelando las huestes de Car-

tago; ni Guillermo Tell, el héroe de la independencia suiza; ni Pelayo, el rudo luchador de los cantábricos; ni Washington, el virtuoso; ni el genial Bolívar, tendieron la vista, una vez triunfantes, más allá de los límites naturales de su patria. Unos, como el repúblico del norte, para retirarse á la paz privada; otros, como el ardiente soñador del Chimborazo, para gozar de las sensualidades del poder, todos ellos dieron por terminada su misión en cuanto los enemigos abandonaron las fronteras nacionales. Ya se ve, pues, cómo Garibaldi ha sido verdaderamente excepcional y cómo su estructura de hombre y de guerrero, y no las aleatorias determinaciones de la fortuna, es lo que explica las intensas manifestaciones mundiales que le aclamaron en vida y le despidieron á su muerte.

Garibaldi era un romántico con el culto de las ideas modernas. En sus proclamas, en sus poesías, en sus cartas á Anita y á Teresita, las dos predilectas de su corazón y de su errante hogar de soldado; y hasta en la grandeza de sus hazañas increíbles, se revelaba el fuego, la noble pasión, las impetuosas bizarrias de alma de las edades caballerescas. Gracias á este temperamento privilegiado, su

acción guerrera en opuestos ámbitos del planeta ha llegado al límite de lo fabuloso. Los prodigios de su vida militar sólo tienen símil en la historia con las anécdotas de las tradiciones homéricas y con los romances heroicos de los tiempos medioevales. Con una diferencia: que los personajes de Homero y los combatientes de la Edad Media obtenían, los unos el auxilio invulnerable de sus divinidades, y los otros la bendición de los Papas infalibles, y Garibaldi hizo iguales hazañas, aplastando instituciones paganas y derribando sillas pontificias.

LOS PRIMEROS AÑOS

La historia tiene supremas previsiones. Con su índice inflexible señaló desde niño á Garibaldi para héroe de gloriosas hazañas, y lo arrancó muy temprano á los tibios cariños del hogar. Nacido el año 1807 en Niza, ciudad rodeada de un collar gigantesco de montañas, sobre un valle en cuyas frondas la ve-

getación ha derramado galas lujuriosas, y sintiendo de continuo el estrépito del mar, la naturaleza contribuyó á fortificar las nativas cualidades de su temperamento, indómito como las olas, y ardiente como el sol meridional.

Su padre, que era marino, pasaba la mayor parte del año fuera de la casa, de manera que su educación estuvo á cargo de la madre. Mujer virtuosa, culta, instruída en lecturas asiduas, se esmeró prolijamente en la educación intelectual de su hijo, que desde los primeros años demostró precoces disposiciones. En su pasión maternal, la aspiración suprema de su alma era hacer cura al hijo predilecto: la buena señora no miraba sin duda al porvenir con ojos previsores! En consecuencia con este propósito, los primeros maestros del niño fueron hombres de sotana, que lo atoraban á fuerza de latín é historia sacra. Pero cuentan que Garibaldi, con su ingénita rebeldía á las imposiciones, estudiaba con gusto las matemáticas, y en cuanto llegaba el turno á aquellas inútiles tonterías, se le escapaba al maestro, yéndose á las huertas de los alrededores á trepar por los árboles, ó á los buques del puerto, á iniciarse en la vida de marino.

No había nacido para llevar los hábitos. En su intenso cariño hacia la ciudad natal; en el entusiasmo con que recitaba las coplas patrióticas en boga; en su vocación claramente determinada hacia los riesgos de la vida aventurera, mostraba que su porvenir no era la tranquilidad acomodaticia de los sibaritismos eclesiásticos. Sin embargo, en aquella época, el destino de los jóvenes tenía que lacerar el alma piadosa de las madres. — La guerra los arrebatava uno por uno á sus hogares sin devolverlos jamás, y el único medio salvador que se presentaba, fuera del de una emigración á lejanos territorios, era el de hacerse cura. Garibaldi, vista la pertinacia invencible de sus mayores, fué entonces que, á los 13 años, acaudilló aquella fuga á Génova, en un débil barquichuelo, de varios compañeros que se hallaban en iguales circunstancias. Sentida á tiempo su desaparición, fueron perseguidos y tomados á algunas jornadas de Niza, cuando estaban prematuramente entregados á la algazara del triunfo. El caudillo de trece años volvió á su hogar avergonzado y confuso, pero firmemente resuelto á resistir la voluntad de los suyos. Desistieron entonces éstos de su primitiva de-

terminación. La firmeza indeclinable del niño triunfó sobre el reflexivo propósito de los padres, que le consintieron luego lanzarse á la vida del mar. Hizo unos cuantos viajes por el Mediterráneo, y en uno de ellos visitó con su padre á Roma.

Eran los tiempos ominosos de Pío VII. La Iglesia rebosaba en un lujo insolentemente pagano. Dueña del poder temporal, embrutecidos los labradores de las campiñas, vergonzosamente opresos los habitantes de la ciudad, su autoridad cesariana no conocía la valla de los derechos humanos. La soberbia de su pontífice no respetaba tampoco los fueros de la dignidad personal: cuando pasaba su fastuoso séquito, los ciudadanos se postraban en el polvo de las calles, en gaje de sumisa reverencia. El padre de Garibaldi fué uno de éstos; para el alma virgen y altiva del joven, aquéllo fué una dolorosa revelación, un súbito destello de relámpago alumbrando de pronto oscuridades de cieno. — Lleno el espíritu de hondas cavilaciones, recorrió la ciudad, admirando sus ruinas, sus monumentos, su eterna grandeza, que parecía ser el vínculo de la muerta capital del pasado con la soñada metrópoli del

porvenir. -- Salió por una de aquellas puertas que guardaban los esbirros papales. En el fondo de su pensamiento se agitaba un voto íntimo de guerra: la Italia acababa de encontrar su libertador. — No hacía muchos años que en aquel mismo lugar, ante aquella misma ciudad de sugestiones imponentes, otro espíritu joven y ardoroso juraba por primera vez la libertad de su patria. Era Bolívar, el libertador de Sud-América. La historia, que los acaba de unir con el mismo juramento, en un destino común, los ha de juntar de nuevo en una misma gloria ante el culto de la posteridad.

Después de esta visita á Roma hizo todavía unos cuantos viajes, entre ellos uno á Constantinopla, donde la necesidad le obligó á hacerse maestro de idiomas y de matemáticas, materias que conocía diestramente. A la vuelta fué que ingresó en la « Joven Italia », la sociedad revolucionaria cuyo esfuerzo patriótico presidía el impulso genial de Mazzini. Fracasado el movimiento emancipador que el año 33 organizó esta asociación bajo las órdenes militares del traidor Ramorino, Garibaldi, que actuó en él, escapó, después de azarosa fuga, á la implacable venganza de

los verdugos de las libertades italianas, que lo habían condenado á muerte.

PROSCRIPTO

EN AMERICA

Días después se hallaba surcando, condenado y proscripto, la vista fija en aquellas playas amadas que se esfumaban débilmente en la línea confusa del horizonte, las aguas siempre amigas del Mediterráneo. El destino, que parece gravitar como ley absoluta sobre la vida de los grandes hombres, ya que es el único capaz de explicar cierta relación misteriosa que encadena sus hechos y cierta finalidad sorprendente que los justifica; el destino, decimos, había abierto los odres de sus vientos, como el dios mitológico, para empujar á playas de América la nave de aquel héroe, todavía inconsciente de nuestras luchas inmortales.

Apénas desembarcado en las costas brasileñas, en cuyas umbrías mostraba la natu-

raleza toda la opulencia de su vigor tropical, como para hacerle recordar, por contraste, la serena hermosura de la patria *irredenta*, llegaron á sus oídos los clamores desesperados de un pueblo republicano que se levantaba en masa contra las bayonetas del Imperio. Corrió en seguida en auxilio de aquéllos, también sus hermanos de causa, y muy pronto el fugitivo de los Alpes hace huir ante su sola presencia, en las montañas del Espinazo, á batallones enteros de las milicias imperiales. Aquí fué donde comenzó aquella serie interminable de prodigiosas hazañas, que rodearon su nombre ante la espontánea admiración de las muchedumbres, con una aureola de prestigios inauditos. En todas partes fué el primero, en muchas el único, y donde quiera el vencedor. Su actuación en la sangrienta campaña de Río Grande es bastante conocida. Él mismo la ha descrito concisamente en sus «memorias» con una verdad y un juicio imparcial que tienen que imponerse á la propia consideración de los adversarios. Su defensa de la tapera en que, casi solo, rechazó el cuerpo de tropas del mejor guerrillero del Imperio; el naufragio de la barca «Río Pardo» en el lago Tama-

rindo, en que se arrojó tantas veces al agua embravecida cuantos eran los compañeros en peligro; su combate frente á Montevideo, en que fué herido gravemente por una bala oribista, — no oriental ni republicana, — que después había de vengar cumplidamente; el martirio inquisitorial que le aplicó el gobernador de Gualenguay, triste gaje de la República Argentina al que hoy le levanta estatuas y pretende apropiárselo como personalidad histórica; — todas éstas y muchas otras hazañas que guardan, en forma de leyenda, las tradiciones rioplatenses y los anales republicanos de todo el mundo, no son más que hechos ordinarios en la vida de este héroe de romance, juzgado por la historia antes que lo fuera por la ley implacable de la vida.

Cuando el movimiento republicano degeneró por la fuerza de los hechos en una revuelta desordenada é innoble, Garibaldi se retiró á Montevideo, transformado de pronto en conductor de ganados, con los que cruzó el territorio oriental desde la frontera. Le acompañaba su Anita, la gallarda compañera de sus aventuras, la que primero cautivara su corazón, tan rico en afectos y en impul-



ANITA

ESPOSA DEL GENERAL GARIBALDI

siones generosas. Harto conocidas son las circunstancias encantadoras que rodearon el encuentro casi providencial de estas dos almas gemelas, en el seno de la espesura brasileña. Casi providencial, verdaderamente. En la vida de Garibaldi todo lleva un sello tan sugestivamente extraordinario, que uno llega á dudar sobre si este hombre está formado del mismo barro que los demás. Las balas le respetan, á pesar de que las desafía con imprudente temeridad; la furia de las olas arrebató uno á uno á sus compañeros en más de un naufragio, y él queda sano y salvo, no obstante haber estado hasta el fin en los sitios de mayores peligros; el azar, siempre sabio para él, le lleva delante de una mujer hasta entonces desconocida; súbitamente se enamora de ella, le dice: «tú serás mía»; y esa mujer no sólo comparte con él las santas afecciones de su hogar, sino también los espléndidos atributos de su gloria. Como si el connubio de aquellos dos seres superiores no hubiera sido tan sólo la identificación de dos cariños y de dos sangres, sino también el cambio recíproco de sus privilegiadas cualidades, Anita, doncella de altas delicadezas morales y físicas, al adoptar

el nombre de Garibaldi, adoptó su condición de héroe. Desde entonces hasta el día de su dramática muerte, como amazona ó como marinera, como soldado ó jefe, en la derrota, en la proscripción ó en el triunfo, estuvo al lado de su marido, así en los hechos vulgares de la vida familiar, como en la suerte azarosa de las armas.

EN LA NUEVA TROYA

Una vez en Montevideo, las necesidades de la existencia obligaron otra vez á Garibaldi á ejercer el profesorado. La guerra, sin embargo, volvería á reclamar el esfuerzo de su brazo incansable. Juan Manuel de Rozas, el tirano de más sombría memoria que guardan los anales americanos, acababa de decretar el exterminio del Estado Oriental. El general argentino don Manuel Oribe, el Rozas minúsculo, al decir de Guerzoni, el que tuvo el repugnante cinismo de pedir la extradición de los restos de Lavalle al go-

bierno boliviano, tal vez para hacer con ellos uno de los autos de fe de la *maxhorea*, había sido encargado de esta misión vandálica. Sus hordas, reclutadas en las pampas bonaerenses y en los desiertos santiagueños, con bandera y con lemas rozistas, se venían como «un azote de Dios», sobre la odiada y viril Montevideo. «Las bandas oribistas, — dice nada menos que Larousse, autoridad universalmente escuchada, — desolaban las campiñas, arrebatában los ganados, destruían las cosechas, incendiaban los hogares y masacraban á todos los que no habían tenido tiempo de salvarse.» — Aquella irrupción famélica y sanguinaria era extranjera desde el jefe hasta el último de sus vándalos. Venía tal vez á vengar los dos rudos castigos que, en Guayabos primero y en Cagancha después, aplicó á los invasores argentinos, salvando en ambas ocasiones la libertad de la patria, el hombre á quien ésta le debe casi todo su ser, el general Fructuoso Rivera.

El gobierno de Montevideo no se amilanó ante el avance triunfal de aquella horda de brigantes, como les llama el mismo Larousse, y se aprestó á la defensa con patriótica decisión. Todos ofrecieron su concurso y á

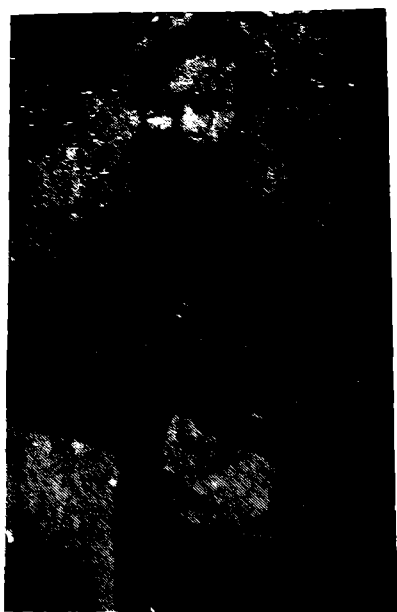
todos se les aceptó, como que en aquellos terribles momentos la causa de Montevideo, la causa del partido colorado, era, no tan sólo la de la patria, que ésa siempre la ha sido, sino también la de la humanidad. Triunfante, dentro de Montevideo el torvo lugarteniente de Rozas, quién sabe cuántas escenas salvajes hubiera tenido que presenciar el mundo civilizado, por parte de aquellas tribus desenfrenadas, con la costumbre del pillaje, del degüello y de los cantos de la *refalosa* en las calles de Buenos Aires! Planteado así el problema, de un lado la libertad y la civilización, del otro la conquista criminal y bárbara, Garibaldi no pudo dudar un solo instante, y de inmediato se puso á las órdenes de la Defensa.

Comandó primero la débil escuadrilla y con ella realizó la audaz empresa del Paraná, remontando el gran río, sin prácticos, encontrando la muda hostilidad del desierto en todos los desembarcos, y la aterradora hostilidad del cañón en todos los puntos habitados. Le ataca Brown con su temible flota: lucha contra él durante tres días, se le destruyen los barcos, los incendia, desembarca con el resto de sus heroicos tripulantes, es atacado en tierra por fuerzas superiores, descansadas,

montadas, abundantes en pertrechos y deseos de venganza; pero, no se sabe cómo, él se defiende contra todas las contrariedades y por rutas imposibles vuelve á Montevideo, al teatro de sus temerarias hazañas. Más de una vez, con lanchones mal contruídos, abordó la tarea, ridícula para otras audacias, de atacar los fuertes navíos enemigos. Es memorable aquella fuga de toda la escuadra argentina ante tres barquichuelos orientales, cuando nuestro héroe se decidió á tomarla prisionera. El propósito parecía insensato; pero Garibaldi estaba educado en la escuela del prodigio, y lo hubiera realizado, si el enemigo, en lugar de la fuga, toma la resolución de esperar el abordaje. Antes de llevar á cabo esta tentativa, había propuesto el plan de irse á Buenos Aires, hacer un desembarco rápido y traerse al tirano Rozas. Si se le hubiera concedido el permiso, tal vez Montevideo no hubiera tenido que sufrir las consecuencias de los nueve años de asedio. De todas maneras, el nombre del osado marino se había de ilustrar en nuevas hazañas en mar como en tierra, hasta merecer la propia simpatía de sus adversarios. Uno de ellos, el almirante Brown, el vencedor de españoles y brasile-

ros, y el vencido por la flotilla oriental, al retirarse á Inglaterra, cubierto de cicatrices y de una reputación de valeroso bien adquirida en 40 años de continuos servicios, no pudo menos de bajar en Montevideo para conocer personalmente á aquel heroico antagonista, cuyo nombre empezaban ya á pregonar universalmente las trompas de la fama.

En tierra, las proezas de Garibaldi al frente de su invicta legión italiana, fueron innumerables. Sus hechos de armas tuvieron tal resonancia, que allí donde se presentaban él y los suyos, el adversario huía amedrentado, y el gobierno de la Defensa dió á la legión el puesto de honor en las formaciones militares. En el combate del Pantanoso su actitud arrancó pródigos encomios del general Pacheco y Obes, un verdadero genio de la guerra, que proclamó á los legionarios con una voz, dice Garibaldi, como jamás haya oído otra alguna en el mundo, tan capaz de comunicar el entusiasmo. En las Tres Cruces, salvó sobre sus robustas espaldas el cadáver del coronel Neira, el Patroclo de la Nueva Troya, como le llama Mitre, cadáver de que ya se habían apoderado los oribistas con el regocijo infernal de degollarlo. En su



GENERAL MELCHOR PACHECO Y ORES

expedición al Uruguay, coronada por el magnífico episodio de San Antonio, digno de las armas napoleónicas, según la expresión del almirante francés Lainé, su acción llenó de asombro á enemigos y compañeros. La defensa del Salto contra Urquiza, triunfante en los campos dos veces desgraciados de India Muerta, y la victoria sobre Servando Gómez, han arrancado á la crítica universal los más calurosos elogios. Garibaldi mismo, en medio de la embriaguez de sus brillantes triunfos en la inmortal campaña de Sicilia, recordó siempre la batalla de San Antonio como uno de los hechos más culminantes de su carrera militar. — Los pocos sobrevivientes de aquel puñado victorioso de héroes, que están aquí presentes, — entre ellos el viejo veterano general Ventura Rodríguez, + los legionarios todos que lucharon bajo las órdenes de Garibaldi en tierra uruguaya, sepan que estos jóvenes corazones orientales consideran la gloria de San Antonio como hermana de la gloria de Cagancha, y que si hay en ellos una religión para los bravos milicianos de Rivera, hay otro culto también para los invictos soldados de Garibaldi!

LA VOZ DE LA PATRIA

Sin embargo, la actuación del héroe en defensa de las instituciones y la independencia nacionales y las libertades todas de esta zona del continente, tocaba á su término. Por más poseído que estuviera de su papel; por más que con su criterio amplio y generoso hiciera suya la causa de Montevideo, la voz de la patria, de la Italia que se levantaba, llegaba á sus oídos, desde dos mil leguas de distancia, como el eco clamoroso de una cita inaplazable. Había llegado á estas playas sin más caudal que su carácter arrojado, su temerario espíritu de empresa, y su intenso amor á la libertad. Había aprendido aquí la escuela del heroísmo, y con heroísmos y con su sangre, había pagado con exceso la enseñanza recibida. No debía él nada; se le debía mucho á él. Bien podía, pues, marcharse á donde le llamaban intereses siempre más caros.

Decidida su partida, el pueblo de Montevideo se resignó; y Garibaldi, con 75 de sus

antiguos legionarios, emprendió viaje de regreso á Europa. Iban con él cuatro legionarios orientales que no quisieron separársele y que desempeñaron un rol brillante en las campañas de la península: Ignacio Bueno, su ayudante de campo; Miranda, Costa y Aguiar. Todos ellos regresaron á su país cargados de triunfos, menos el pardo Aguiar, asistente de Garibaldi, que pereció en la jornada de Velletri, al querer impedir, haciendo con su general y con Bueno muro de sus propios pechos, la fuga de la caballería patriota.

No seguiremos á Garibaldi en este nuevo y brillante período de su vida, el más glorioso y el más decisivo para la causa á que se había consagrado, que era la causa de los hombres libres. Sería alargar demasiado la monotonía de la narración sin decir nada nuevo. Sobre todo que, conocida su actuación en América, fácil es darse cuenta de lo que habrá hecho en el viejo continente. Sus hazañas aquí son las mismas, amplificadas por la grandiosidad del escenario y por el más alto carácter moral de la lucha. Perseguido por el recelo de los monárquicos, amargado por la envidia de los suyos, lacerado el ánimo por desastres domésticos, en



Roma, en Tirol, en la heroica expedición de los Mil de Marsala, en Aspromonte, en Mentana, hasta en su destierro á Túnez y á Nueva York, donde hizo de jabonero, y en su viaje al Perú y á la China, donde hizo de negociante, y en su reclusión de Caprera, donde labró la tierra; en la guerra franco-prusiana, en la asamblea de Burdeos y, en fin, hasta en las campañas políticas de sus últimos años, consagrados como los juveniles á la lucha por la causa de la república, demostró las mismas cualidades de hierro en el carácter, la misma intensidad fogosa en los afectos, y la propia clarovidencia de miras, aún en sus últimos años, en la edad común de la decadencia y las decrepitudes, que hizo que ya antes de su muerte se dijera que «Garibaldi no era un hombre, sino una personificación; su vida no una historia, sino un mito.»

EL AVENTURERO

Sin embargo, no ha faltado quienes—los jesuitas principalmente—trataran de deprimir la personalidad del héroe. Garibaldi no tenía principios: era un aventurero; sus hazañas militares no respondían á ideal determinado: era un *condottiero* de banda. Bien. Nosotros nos quedamos con ambos calificativos. Aventurero ó *condottiero*, para el culto de la posteridad siempre será el mismo campeón de la idea republicana y del libre pensamiento; para Italia el de su emancipación; para el Partido Colorado el de su heroica Defensa. La consideración de la unanimidad nunca ha existido en el mundo sino para las entidades pasivas. Ningún hombre batallador en las esferas del pensamiento ó en el campo de la acción, se ha escapado á los malignos brochazos de la injuria. Garibaldi que fué pensador y fué guerrero, hasta la hipérbole de ambas condiciones, no podía eludir la universalidad de la ley. — La injusticia de los contemporáneos hizo de Colón un mendigo y un loco;

de Shakespeare un saltimbanqui; de nuestro Artigas un caudillo de las tribus del desierto. Y Colón tenía un mundo delante de sus ojos visionarios; y Shakespeare otro mundo en la mente; y Artigas una idea en su alma de guerrero, grande, muy grande para la mezquindad de su tiempo. Para Garibaldi, sea por lo avanzado de la época, sea por la grandeza de su acción, la suerte se ha mostrado mucho más propicia. Entre el loco, el clown, el bárbaro y el aventurero, cualquiera se queda con lo último.

Pero los que así lo tratan, no quieren ver que el héroe está muy por encima de la vulgaridad del calificativo. Todos los actos de su vida llevan impreso el sello de la mayor generosidad de móviles y de la más alta concepción de miras. Cuando se separó de la revolución de Río Grande, no quiso aceptar, por toda recompensa á sus largos servicios, más que una tropa de vacas, de las cuales trajo á Montevideo solamente los cueros. En esta ciudad abandonó sus tareas y se consagró por entero á la Defensa, dejando á su hogar en la mayor pobreza. — « Aunque coronel de la República, dice Guerzoni, Garibaldi no recibía otro estipendio que la ración del

soldado. Hacía meses que tanto él como Anita no veían la cruz de un vintén. Decidido ya á expedicionar sobre el Paraná, quería regularizar con el matrimonio religioso, único que existía entonces en el Uruguay, su situación respecto á Anita y á sus hijos. Pero ninguna iglesia ha prestado jamás el servicio divino sin salario (los paganos lo llamaban holocausto, los cristianos tasa: lo cierto es que Dios nunca fué gratuito). Fué así que el curato de San Francisco, — fiel á la máxima de que el que sirve al altar vive del altar, — declaró terminantemente á los prometidos: «no hay moneda, pues no hay sacramento.» Probablemente pensó el héroe, á su manera, que la divina naturaleza, al prescribir el connubio, no había acompañado el precepto de ninguna gabela. Pero, como de todas maneras quería casarse, no tuvo más remedio que desprenderse del reloj de plata, último resto de su larga miseria, y entregarlo al digno ministro de Dios, en pago de su bendición. » El reloj era el único regalo de la pobre Anita. Puede comprenderse el dolor de Garibaldi al tener que abandonar prenda tan cara.

Conocida es la anécdota del recibimiento

de Garibaldi al almirante francés. El visitante saludó, conversó y se retiró en la más completa oscuridad. El jefe de una escuadra y de una división de soldados no tenía ni para una candileja. El hecho fué llevado á conocimiento del Ministerio de la Guerra, desempeñado entonces por el general Melchor Pacheco y Obes, quien le envió cien patacones. Garibaldi retuvo para sí la mitad de esta suma, restituyendo la otra para que fuese enviada á la viuda de un legionario, que tenía, según dijo, mayores necesidades que él. « Cincuenta patacones, escribe después el general Pacheco en París, he aquí la única suma que Garibaldi recibió de la República. Mientras estuvo entre nosotros, su familia vivió en la mayor pobreza; él mismo jamás fué calzado diversamente á sus soldados; más de una vez sus amigos tuvieron que recurrir á subterfugios para hacerle cambiar sus ropas, ya en pésimo estado. »

El general Rivera, — cuya rica hacienda, de origen patrimonial, estuvo siempre al servicio de la patria y de sus defensores, — mandó ofrecer á Garibaldi y á sus legionarios la mitad de sus grandes campos de Avenidas con los ganados existentes, como débil



BRIGADIER GENERAL FRUCTUOSO RIVERA

premio de la República á tan abnegados servidores. El jefe de la legión, después de consultar á sus oficiales, rechazó galantemente la oferta, diciendo: « que persuadidos de que es deber de todo hombre libre combatir por la libertad, doquiera asome la tiranía, sin distinción de tierra ni de pueblo, porque la libertad es patrimonio humano, no han seguido sino la voz de su conciencia al ir á pedir un arma á los hijos de esta tierra, para dividir con ellos los peligros que los amenazaban. Que satisfechos con haber cumplido con sus deberes de hombres libres, continuarán dividiendo como hasta aquí, « pan y peligros », con sus valientes camaradas de la guarnición de la capital, hasta que las exigencias del sitio lo requieran, sin aspirar ni admitir distinciones ni premios de ninguna clase. »

SUMA Y SIGUE

Después de la célebre batalla de San Antonio, quizá la más brillante operación de guerra que se haya dado en toda aquella larga y azarosa lucha, el gobierno de la De-

fensa, colmando de distinciones á toda la legión italiana, otorgó á su jefe el grado de general — ó coronel mayor, como se decía entonces. — Garibaldi lo rehusó con estas nobles palabras, que no son seguramente las de un condottiero: — « Como jefe de la Marina Nacional, honroso puesto en que el Superior Gobierno de la República ha tenido á bien colocarme, no he hecho nada que merezca la promoción á coronel mayor. Como jefe de la Legión Italiana, lo que puedo haber merecido de recompensas, lo dedico á los mutilados y á las familias de los muertos en la misma. No sólo los beneficios, los honores también me pesarían sobre el alma, comprados con tanta sangre de italianos. Yo no tenía aspiraciones cuando fomentaba el entusiasmo de mis compatriotas á favor de un pueblo que la fatalidad ponía á merced de un tirano; y me desmentiría hoy si aceptase las distinciones que la generosidad del gobierno quiere otorgarme. La legión me ha encontrado coronel del Ejército, como tal me aceptó á su frente, y como tal yo dejaré la legión cuando hayamos cumplido con los votos que hicimos al pueblo oriental. Lo que quepa á la legión de fatigas, de glorias y de



LA FAMILIA DE GARIBALDI EN MONTEVIDEO



reveses, tengo esperanzas de dividirlo hasta el último. Doy repetidas gracias al Superior Gobierno, y no acepto mi promoción del decreto de 16 de Febrero. »

En Italia, casos como los citados se repiten con mayor elocuencia aún. Investido de la suprema dictadura de las Dos Sicilias, después de su entrada triunfal á Nápoles, se hospeda en una humilde fonda á razón de dos francos diarios. Dos francos era toda la lista civil del que suplantaba en el gobierno al fastuoso reinado de Francisco II. Entre tanto disponía que los inválidos de aquella gloriosa campaña, la de los Mil, fueran alojados en el mejor palacio de la ciudad y tratados como dignos habitantes de ellos.

Cuando, después de Mentana, se retiró á su isla de Caprera, tuvo que empuñar el arado con sus manos, acostumbradas á empuñar el sable, y ganar así el sustento propio y de la familia. En sus raros intervalos de vida privada, parecía llamado á ejercer todos los oficios en escala descendente. Primero profesor de matemáticas, luego navegante, jabonero como Franklin, labrador como Cincinnati, le faltaba hacer de picapedrero, y en efecto estuvo á punto de serlo.

Tenía ya cerca de 70 años. El Ministerio que entonces rodeaba á Víctor Manuel, no cesaba de agobiar al pueblo á fuerza de gabelas. Garibaldi, ídolo de la multitud, protestaba contra el fatal sistema con todas sus energías. Entretanto, crecían las necesidades de su numerosa familia, y no teniendo ya nada que vender, se decidió á explotar el granito de Caprera; pero el costo de los operarios resultaba superior á las entradas producidas, y la empresa tuvo que abandonarse. Fué entonces que las Cámaras, á propuesta del Ministro Minghetti, le votaron una pensión de cien mil liras anuales. Apenas recibida la noticia, el héroe-proletario escribió á su hijo Menotti, encargándole cometiera á su amigo Mancini el rechazo de la pensión. « Le dirás, escribía á su hijo, que las cien mil liras atormentarán mis espaldas como la camisa de Neso. Aceptándolas, habría perdido el sueño, habría sentido en el pulso el frío de la muerte, y en las manos el fuego de la sangre. Al mismo tiempo que me comunicaran las noticias de la depredación gubernativa y de la miseria pública, se me cubriría el rostro de vergüenza. A nuestros amigos y al Parlamento en general, inmensa gratitud.

Pero este gobierno, cuya misión es empobrecer el país para corromperlo, debe rodearse de otros cómplices. » Esto decía, en el ocaso de su vida, acosado por las necesidades, el jefe de banda, el aventurero sin ideales, el condottiero sin principios.

LA ACCIÓN AVENTURERA

Un aventurero, en el sentido vulgar de la palabra, que es como la toman los detractores de Garibaldi, sigue al éxito, no á la norma inflexible de los principios. Sus pasiones son sus odios; su guía, un personalismo ególatra y obstinado; su fin, el encumbramiento propio, la ambición del poder, la preponderancia sobre los humildes y los desvalidos. No tiene patria. Ama la libertad, no como idea abstracta, sino como medio para llegar al logro de sus designios. Combate en todos los meridianos, á favor de todas las causas, de cualquier institución política ó social, sin entregárseles, sin identificárseles, nada más que

porque le proporcionan lo necesario para hacerse célebre, para amontonar riquezas, ó para vengar rencores. A este género de aventureros célebres perteneció lord Cockrane; pero no el general Lafayette, ni el general Miranda, ni mucho menos Garibaldi.

Éste no siguió nunca el éxito: al contrario, el éxito le fué siempre hostil, y sólo lo llegaba á coronar, después de haberse batido, puede decirse sin exagerar la imagen, cuerpo á cuerpo con él. Y eso porque las causas finales, las decisivas, las que resuelven sobre los destinos de una nación ó de una colectividad política, jamás se pierden, según un principio corriente en las cátedras de Historia Universal. No se perdió Valmy, porque con ella se aseguraba la Francia republicana; no se perdieron ni Palermo, ni Milazzo, ni Voltorno, porque salvaban la Italia emancipada; no se perdió la Defensa de Montevideo, porque con su caída hubieran caído también las libertades de medio continente; no se perdieron Sauce y Manantiales, porque aseguraban el predominio del Partido Colorado. — Si Garibaldi hubiera seguido al éxito, se hubiera abstenido de tomar parte en la revuelta, fatalmente perdida, de Río Grande,

en la lucha improductiva y azarosa de la Defensa; se hubiera evitado sufrir la persecución de reyes y cortesanos, por el delito de querer una Italia grande, independiente y única, pero libre y republicana, hasta donde humanamente fuera posible.

Si hubiera abrigado odios y rencores en vez de pasiones nobles y levantadas, no hubiera sido él, que guardaba en lo más profundo de sí la amarga deuda de Niza y de la defensa del Papa por Napoleón III, quien ofreciera sus servicios á la Francia, cuando los prusianos se echaban sobre sus fronteras. El ofrecimiento fué al principio torpemente desechado. El acto del joven héroe montevideano Ricciotti Garibaldi, que conquistó en Dijón la única bandera tomada al enemigo durante toda la campaña, basta para demostrar cuán injustificable había sido aquella repulsa. Cuando el armisticio, Bismarck impuso la condición de que fuera excluído de él el cuerpo de tropas que mandaba Garibaldi, « porque — dice Rochefort, el corazón más francés de toda la Francia, — no podía perdonarle el que jamás los prusianos hubieran llegado á vencerle. » En la asamblea de Burdeos, cuando, según la expresión del mismo

Rochefort, los sacristanes de la derecha querían impedirle hacer uso de la palabra, una voz se levantó y dijo: « Garibaldi es el único de nuestros generales que no ha sido batido... » — Su campaña de Francia no fué una aventura: primero, porque se trataba de defender á un país amenazado por la conquista; después, porque Garibaldi sirvió á la Francia republicana. En Burdeos, á cuya asamblea fué llevado por cuatro circunscripciones electorales, votó por la República, declarando: « He de distinguir siempre entre la Francia monárquica, la Francia de los frailes, y la Francia republicana. Las dos primeras no merecen más que ser execradas; pero la última debe tener todo nuestro amor, toda nuestra devoción. »

LA REPÚBLICA Y EL VATICANO

GARIBALDI Y MAZZINI

La república; el odio al papado: he aquí las dos grandes pasiones de Garibaldi refundidas en esta sola, preponderante, casi ex-

clusiva: la unidad de Italia. Ante ésta, verdadera pasión-madre, subordinaba aquéllas. Era republicano en toda la extensión del concepto, y á ello se debió su participación en la guerra de Río Grande, en la Defensa de Montevideo, y en la aventura singular de los Vosgos; era anticlerical hasta la obsesión, y á esta obsesión se debe el que ejecutara todos aquellos actos alrededor de Roma, que prepararon el 20 de Septiembre, esa fecha universal, que como la del 14 de Julio, desata en el ánimo de todos un huracán de ideas.

Pero Garibaldi amaba á su patria con delirio: por ella abandonó á Montevideo, cuando se le ofreció lo que más debía halagar á un aventurero: el mando en jefe de la Defensa. Quería ver á Italia fuerte, unida, completamente libre de extranjeros. Antes de claudicar de esta idea, claudicaba de sus principios republicanos y de su obsesión anti-papista. Ella era el fin á que concurrían todas sus energías de soldado y todas sus aspiraciones de hombre libre. Las demás eran medios, cuya selección estaba condicionada, naturalmente, por la probabilidad del fin. Y como éste se presentara probable y sólo po-

sible por medio de la monarquía, Garibaldi la aceptó y la sostuvo, aplazando para más adelante su ideal republicano. Verdaderamente, no claudicó principios: los sometió á las circunstancias, que son siempre las que determinan la oportunidad de su aplicación.

Todas las cosas vienen á su tiempo en la naturaleza, sea por ley evolutiva, sea por acto revolucionario. El verdadero talento, la clarividencia, la seguridad de miras de un estadista ó pensador, no está en concebir un dogma, sino precisamente en encontrar, como podría decirse, el momento psicológico, el instante justo en que pueda establecerse en el seno de la masa social sin perturbarla. Garibaldi, sea por conocimiento práctico, sea por instinto oportunista, halló mejor dejar para después su ideal republicano, y sirvió con toda decisión la monarquía, mientras ésta, á su vez, sirviera á la emancipación total de Italia.

Desde entonces data su enemistad con Mazzini, este hombre más pensador que estadista, más apóstol que revolucionario. Mazzini era el numen, el verbo de la unidad italiana; pero de la República nada más que el precursor. Quería ver á Italia una é inde-



JOSÉ MAZZINI

pendiente; pero quería verla antes que nada republicana. Desechaba á la forma el fondo, al molde la masa, al acto la potencialidad.

Sin embargo, tuvo momentos de su vida política en que llegó á compartir la actitud posibilista de Garibaldi. Conocida, en efecto, es su carta á Víctor Manuel en 1869, en que le decía: «Haceos dictador para que hagáis así la unidad de Italia;» y su anterior proclama á Carlos Alberto, en 1831, de la cual extractamos los siguientes párrafos:

«Si os creyese un rey vulgar, de alma frívola ó tiránica, no os dirigiría la palabra del hombre libre. Un rey de tal temperamento no deja al ciudadano otro recurso que escoger entre las armas y el silencio. Pero vos no sois así. La naturaleza, creándoos para el trono, os ha creado para más altos conceptos y para más fuertes pensamientos, — y la Italia sabe que vos tenéis de regio algo más que la púrpura. El rey vulgar envilece el trono en que se sienta, y vos, para arrancarle del envilecimiento, para destruir la nube de maldiciones seculares que tiene encima, para circundarlo de los afectos de todos, no necesitáis otra cosa que oír la verdad; y yo anhelo decíroslo, porque á vos sólo estimo

digno de oirla, y porque ninguno de cuantos os rodean es capaz de expresároslo. La verdad no es lenguaje de cortesano; no aparece sino en el labio del que no espera ni teme nada de los otros.»

.....

«Poneos á la cabeza de la Nación y escribid en vuestra bandera: *Unión, Libertad, Independencia!* Proclamad la santidad del pensamiento! Declaraos vindicador, intérprete de los derechos populares, regenerador de toda la Italia! Libertad á Italia de los bárbaros! Edificad el porvenir! Dad vuestro nombre á un siglo! Comenzad la Era de Carlos Alberto! Sed el Napoleón de la libertad italiana! La humanidad toda entera ha declarado: «los reyes no me pertenecen;» la historia ha consagrado esta sentencia con los hechos. Dad un desmentido á la historia y á la humanidad; obligadla á escribir bajo los nombres de Wáshington y de Kosciusko, ciudadanos natos: «he aquí un hombre más grande que éstos; tuvo un trono erigido para veinte millones de hombres libres, que destruyó por su base:» Á Carlos Alberto nacido rey, la Italia deberá su renacimiento!»

Sin embargo, salvo estos casos excepcio-

nales, Mazzini permaneció siempre firme en sus ideas republicanas, y su actitud, hasta la muerte, fué de protesta contra la monarquía.

Á pesar de los antiguos resentimientos, cuando en 1872 llegó á Caprera la fatal noticia: «Mazzini ha muerto!» Garibaldi, con el corazón destrozado de angustia, escribió el siguiente telegrama: «Sobre la tumba del Gran Italiano, agito la bandera de los Mil.» La bandera de los Mil era la más gloriosa de todas para el héroe. ¡Cómo no debía respetar la memoria de Mazzini, con qué generosidad no perdonaría las antiguas ofensas, cuando le concedía un honor tan eminente!

GARIBALDI ANTE LA PATRIA

Y así como sometió sus ideas republicanas á la unidad nacional, también sacrificó ante la misma su profunda aversión á la Iglesia. Sábese que desde Montevideo, al tiempo de embarcarse para Italia, escribieron él y Anzani una carta al Nuncio del Papa en Río Janeiro, cuando se creyó que Pío IX se

pondría al frente del movimiento emancipador, ofreciéndole los servicios de la Legión italiana. Lo que hay es que, como dijo La Farina, « loco es aquel que crea que un pontífice pueda ser italiano ; » que, como sostenía Garibaldi, « la Italia y la Iglesia se excluyen ; » que, según la metáfora corriente en aquellos tiempos, « el papado es una espada cuya punta está en todas partes y cuya empuñadura está en Roma. » De acuerdo con estos conceptos, la política del Vaticano no podía favorecer en ningún modo las miras de los patriotas. De ahí que las relaciones de Garibaldi con los clericales fueran efímeras, y pudiera considerarse desligado de todo vínculo, para clavar la bandera de la unidad italiana sobre los escombros de las murallas de Roma. Ante el altar común de la patria, Garibaldi deponía toda discrepancia política y todo rencor religioso. En esto, su altruismo, su fibra de héroe, sobrepasa las más ideales concepciones. El sacrificio de Aspromonte es algo que arrebató de emoción al temple menos entusiasta. Cuando habla de los opresores, en los momentos críticos, cada proclama suya es una diana irresistible. Al salir del pequeño territorio de San Marino con

300 de los suyos, rodeado por todas partes de austriacos, les había dicho á sus soldados: «¡Al que me siga le ofrezco nuevos sufrimientos, mayores peligros, la muerte acaso: pactos con el extranjero, jamás!»

GARIBALDI

EN EL PARTIDO COLORADO

Señores:

Garibaldi no es un prohombre de Italia: es un héroe del Universo, una gloria de la época, un hijo predilecto del siglo. Pero, mientras el siglo actual sobrevive pocos años á la muerte del hombre, la gloria de este hombre se extiende y se agiganta por la inmensidad de todos los siglos. — Italianos: vosotros que habéis dado á la humanidad sus más audaces marineros, sus más grandes descubridores, sus más geniales artistas y sus más inspirados poetas; vosotros los que tenéis la ciudad que ha conquistado tres veces el mundo: la primera para los paganos, la se-

gunda para el cristianismo, y la tercera para los hombres libres; vosotros los que enviáis vuestros proletarios á todos los continentes, á todos los climas, bajo todos los cielos, — nunca tan azules y tan hermosos como los de vuestra patria, — á que fecunden con sus brazos incansables las comarcas incultas, y á que extiendan doquiera una raza fuerte y generosa, — dejad que cada pedazo de la tierra reclame para sí un pedazo de la gloria de Garibaldi. Nosotros los orientales, tenemos derecho á compartir en algo sus esplendides, porque, como dice vuestro Guerzoni: «en este país había encontrado un asilo hospitalario; de él amaba la pintoresca naturaleza y su raza valerosa, con la cual había estrechado un pacto indisoluble de fraternidad sobre los campos de batalla; en él había oído por primera vez, no susurrar tímidamente en las conversaciones recelosas de los conjurados como en Italia, pero sí gritar altamente, pero sí defender abiertamente con las armas, estos nombres de patria, de libertad y de independencia, que eran el único patrimonio político de su mente y el único culto de su corazón.»

(Á los colorados, en fin, á los que militan

en este gran partido que ha levantado en el templo de la patria un altar: el de la libertad, y una idolatría: la de Rivera,— á los colorados, digo, también nos pertenece la gloria de Garibaldi, el que ha sido llamado *pirata* por los blancos, porque fué á destruir el puerto pirata del Buceo. Nos pertenece, porque Garibaldi, al tomar las armas en Montevideo, dijo que era para defender las instituciones, la independencia y las conquistas liberales de nuestro suelo; y las conquistas liberales, la independencia y las instituciones del país estaban, como siempre, al amparo del Partido Colorado. Nos pertenece, porque aquí Garibaldi comenzó á vestir aquella camisa roja que debía estremecer á los monarcas de Europa, — porque el rojo ha sido siempre el símbolo de los partidos avanzados, de las agrupaciones democráticas y de los ideales generosos. — Nos pertenece, para concluir, porque, como vinculación con aquella lucha homérica, guardaba en su retiro de Caprera el culto de dos héroes de la Defensa: uno ostensible, ante la efígie de don Lorenzo Batlle; otro más recóndito, pero no menos ferviente, ante el recuerdo de Pacheco y Obea. — He dicho.

